

PARA ESO ESTÁ WHITMAN

Miro al cielo nocturno y veo muchas sonrisas de luz.

Las estrellas y el amor están en mí trenzados. Supongo que es humano pensar que lo que le pasa a una no le pasa a nadie más y es ahí donde cometemos el primer error de nuestra vida.

Después vendrán todos los demás.

Y todos absolutamente necesarios.

En el cielo están las respuestas, sigo pensando en voz alta. Es una idea recurrente que se pierde en la noche de los tiempos.

La noche de los tiempos... Es curioso, ya casi lo había olvidado... Aquella idea se marcó en mí a fuego durante muchos años, aquel aforismo que Antonio Gala me regaló en mis lecturas adolescentes a través de sus novelas:

Aunque ya no te ame, amo el tiempo en que te amé.

Recuerdo.

Cierro los ojos.

Huele a verano.

La luz de la tarde está a punto de convertirse en azul.

Voy subida en la barra de tu bici. Risas y gritos desinhibidos nos envuelven. Una carretera comarcal completamente vacía. Ni un coche. ¿Qué tendrás tú, catorce años? Entonces yo no habré cumplido aún los doce. Estamos justo en aquel momento en el que sentí el amor por primera vez fuera de mis sueños de princesa. No recuerdo cómo he llegado a tu bici, pero sí que quiero ir sentada en la incomodidad por antonomasia por siempre jamás. Ningún asiento me haría nunca tan feliz. Tu aliento en mi mejilla llega cuando intentas alcanzar al manillar de la aparatosa bicicleta negra de tu abuelo, con la chica rubia que te gusta de por medio, mientras procuras ver la carretera. Mi pelo se sale de las horquillas y vuela hasta tus ojos.

Deberíamos habernos caído de la bici esa misma tarde... Pero no fue así...

De aquel verano, queda también algún baile agarrado en casa de una abuela ausente. Suena música en italiano. Está muy de moda. Todos creemos saber italiano porque gritamos el estribillo al unísono.

Lo cierto es que éramos muy tímidos, éramos unos niños... Y no cruzamos apenas palabras. Mucho menos de amor. En esa primera etapa todo resultó muy animal en el buen sentido... Todo era olor, calor, rubor...

Por esa época lo que más deseaba yo en el mundo eran unos botos camperos que llegaron por Navidad. Me los calcé en la primavera siguiente y fui con ellos al pueblo. Mi primer encuentro con el dolor fue con la crueldad con la que tú le dijiste a mi hermano, delante de todos, que arrastraba los pies como si llevase dos escobas. Entonces tampoco sabía que hay personas que tienden a ridiculizar a quien les importa en público, unos de por vida, otros como parte de su paso por la inmadurez de la adolescencia.

Juré tirante una boto a la cabeza antes que subirme contigo más en una bici. Creo que ese comentario te valió que buscase en otro sitio para poder seguir coleccionando suspiros antes de dormir.

Luego, nuestras vidas se separaron, otras pandillas, otros amigos. No nos volvimos a encontrar hasta el verano en que yo tenía quince y tú diecisiete. Trataba de quitarme de encima a un chico que definitivamente no me gustaba, cuando me senté a tu lado por casualidad en un bar donde estaba mi pandilla, nuestra pandilla de los veranos. Me sorprendiste entonces con tu desparpajo. *Vaya, vaya, pero si éste ahora habla*, pensé. Me sometiste a un interrogatorio policial sobre quién era el muchacho que me había acompañado hasta el bar, sobre qué había entre nosotros... Y yo me sorprendí a mí misma dándote toda clase de explicaciones como si me acabase de bajar de aquella bici de tu abuelo, para apostillar en subrayado que estaba completamente libre: *taxi libre, mira el letrero verde de mi cabeza*, me faltó decirte.

A partir de ese momento fueron tuyos todos los *agarrados* de aquellas fiestas. Recuerdo tu movimiento de cabeza para apartar el flequillo de tu cara, como único gesto para que yo corriese a pegarme a ti. Tu pelo azabache de un lacio brillante, como de indio apache, te confería un atractivo peculiar para muchas chicas. Incluida yo.

Pero por alguna razón, la pompa de jabón explotaba cuando dejaban de sonar *las gardenias para ti* en la plaza o *el reloj dejaba de marcar las horas*. Y aún era junio.

Entonces cada cual se fue a su casa sin más, a disfrutar de su propio verano sin mucho interés por intercambiar teléfonos.

Tuvo que llegar otra santa en agosto para volver a bailar en otra plaza. Un tirón de brazo inesperado y la primera frase que yo entendí como una declaración de amor salió de tu boca: *Qué alta eres, si vas a ir conmigo por la vida no podrás usar tacones*. Y yo quise escuchar:

Qué guapa eres, te sobran diez centímetros de belleza, guárdatelos en el bolsillo para el lunes.

Aquellas fiestas de la Virgen de agosto duraron toda una semana en la que nos dio tiempo a pelearnos, a juntarnos y por fin a escuchar la manida frase inequívoca que nos convertía en novios: *¿quieres salir conmigo?* Seis de la mañana del último día. Un lacónico sí y un beso *apretujao* a oscuras en la carretera, nos mantenía tiesos como varas. Estábamos más nerviosos que cualquier otra cosa. Otra despedida sin teléfono... Alguien te llamó desde la oscuridad, te ibas con tu amigo en la moto, te buscaba casi a tientas entre las parejas.

Cuando el amor era sin móvil y la timidez constituía parte importante de nuestra indumentaria, ambos pensamos por separado que ya nos veríamos, si las siguientes fiestas de la comarca se celebraban, Dios mediante.

Y pasó casi un mes hasta un nuevo encuentro. Siempre fueron pocas las palabras entre nosotros y expresamente de amor muchas menos. Supongo que hubo buenos momentos, dicen que siempre se recuerdan por encima de los malos. Depende de cuando se evoquen, depende de tantas cosas...

Ahora yo visualizo con mucha claridad que tú decidías cuándo aparecer en nuestras citas o cuándo no. En ese caso no sentías la necesidad de avisarme para no dejarme congelada una hora en una esquina, esperando verte llegar... Recuerdo también varios: *tú te callas y no preguntas tanto*, ante curiosidades de tu familia que yo te formulé sin ninguna maldad, si no como parte de un supuesto deber de acercamiento entre nuestras vidas.

Mucha frustración pinta aquel invierno de *allí me colé y en tu vida me planté*. En esa época no se te pasa por la cabeza que hablando se entienda la gente o solo así se desenredan los malos entendidos, o que si me cuentas qué te pasa quizá podamos arreglarlo y todo ese rollo de personas maduras.

El caso es que después comprendí a qué se debía tu enfado intermitente. Tú querías sexo hasta el final sin preguntar, sin consensuar. Yo era una chica asustada de quince años que personalizaba en ti el principio y el final del amor con mayúsculas... y que no sabía nada de sexo. Sin embargo aquella adolescente tuvo claro que así no era como quería tener su primera experiencia. No sabía el porqué para expresarlo, pero así no.

Después vinieron muchos más plantones, incluida la fiesta de fin de año. No hay sensación más horrible que quedarse vestida de gala esperando a alguien. Te sientes el doble de mal. Tu padre volvió a ser el ogro que te venía como anillo al dedo y que te castigó sin salir justo en Nochevieja. Ya.

El caso es que a finales de enero te llamé por teléfono para pedirte explicaciones de tanta ausencia y sentí tu silencio, pesado como una losa a través de aquella cabina de la plaza de correos desde donde, nunca olvidaré, me dije a mí misma: *Se acabó*. Tú también lo oíste perfectamente aunque no lo llegué a verbalizar. A veces el silencio es mucho más elocuente.

Qué mala persona me sentí, casi estuve a punto de suspender el curso, pero no me arrepentía a pesar de mi malestar. Había llegado al final de un camino y eso no me lo quitaba nadie de la cabeza. Corté contigo porque no me hacías el caso que yo necesitaba, aún sin saber todavía a qué se debía nuestra relación guadiánica.

Y la distancia me sirvió de mucho. Aprobé el curso, la selectividad y elegí carrera. Me iba para siempre de la ciudad, me iba para siempre de mi adolescencia divertida, pero verde como el trigo verde en experiencia amorosa.

Tú sorpresa fue morrocotuda cuando me encontraste en aquellas siguientes fiestas rodeada de un grupo de tunos pesadísimos que conocimos mis primas y yo dos días antes y a los que invitamos a las fiestas, fundamentalmente para darte en las narices: lo que se llama una venganza de las buenas, de las de plato frío.

Calculo que por entonces ya habría visto *Lo que el viento se llevó* como unas quince veces y había leído el libro lo menos dos en la playa... (Qué grande la Michael, qué grande la Leight...)

Escalata O'Hara se me metió dentro y monté *la fiesta de Los Doce Robles*. El pueblo entero se pasó por la esquina de la barra donde macerabas tu furia, a decirte lo bien que parecía pasármelo sin ti, rodeada de cinco chicos que disputaban mis bailes con las cintas de sus capas... Cuando yo notaba a alguien conocido mirándome bailar, reía a carcajadas como si me acabasen de contar el chiste más gracioso de mi vida, de esos que te ponen la mano en el pecho y ante el que necesitas decir: *no, por favor, no puede ser*.

Ahora vas y lo cascas.

Definitivamente la reina de las fiestas, con su moño de dos metros y su traje de tul chisposo, no pudo hacerme ni un poquito de sombra.

En qué me vi de echar a los tunos de las fiestas cuando estaba ya a punto de caer desfallecida en medio de la plaza y entrar en coma. Adiós, adiós, clavelitos de mis corazón...

Qué gusto quitarse los zapatos y sentarse en la acera como solo se hace por debajo de los treinta, mientras te traen un cubata del kiosco.

El caso es que se vació la plaza de danzantes y allí seguíamos mis primas y yo sin terminar de reír de todo lo risible y de bebernos todo lo bebible. Nunca hay prisa por acostarse aunque desmonten los altavoces y el alguacil te increpe por lo bajini con algo sobre que ya le

dirá a tus padres no sé qué sobre unos muchachos de negro con pandereta y que te vas cortar los pies yendo descalza por la plaza como una hippie...

Entonces apareciste tú, todavía no sé de dónde, como caído del cielo, como un James Bond cualquiera. Borracho como una cuba, con los ojos vidriosos inyectados en sangre, me dijiste: *¿Puedo hablar contigo a solas, por favor?* Se hizo el silencio a nuestro alrededor. *¿Por favor?* Estas palabras mágicas no recordaba haberlas escuchado de tu boca nunca y te juro que más bien te seguí por pena a la puerta de la iglesia, una placita recóndita que guarda los secretos de amor de varias generaciones. Allí comenzaste tu discurso, parecía que mascado durante varias horas.

- Apúntate tres tantos, no uno, si no tres.

- ¿Perdona?

- Has hecho un trabajo estupendo. Sé reconocer a los buenos de lejos y quería felicitarte. Sabrás defenderte en la vida.

Lo que más molesta en este mundo es la indiferencia, eso ya lo había aprendido de ti, a lo que contesté:

- Me vas a disculpar, pero no te capto... Bla, bla, bla...

Entonces fue cuando por primera vez en mi vida desde que te conocía, te vi desvalido, te sentí vulnerable. Algo que yo estuve a punto de confundir con enamorado... Lo cierto es que me habías soltado lo más cercano a lo que significaba para ti una declaración de amor: *me has humillado, lo he captado, lo he sufrido, lo he aceptado porque lo merezco...* Y te había quedado bonito, muy de salón del oeste, de verdad. Tan bien, que hubo un momento que fue posible el premio perseguido, porque todo aquello tenía un objetivo que se resume básicamente: *como lo haga bien, a lo mejor soy capaz de sacarle la vena tonta y mojarlo todo lo que no he mojado durante un año...*

Ahora yo tenía mucho morbo, no parecía estar a tu alcance.

Pero, mientras el silencio nos hacía dudar a los dos... Te precipitaste. Salió en mi rescate el gallo Claudio que te habitaba, supongo que ayudado por el alcohol, y me soltaste sin punto y aparte que querías contarme por qué me habías dejado. *¿No te había dejado yo?* Parecía que no, ibas a sacarme de dudas inmediatamente.

Me compaginabas con una viuda de tu edificio. A veces incluso la trajiste a alguna de nuestras citas, colándomela como que te la habías encontrado por la calle paseando con su niño de camino a mi encuentro.

Lo poco o mucho de Blancanieves que quedaba dentro de mí salió despavorido por alguno de mis agujeros y cayó de bruces a la acequia que bordeaba el huerto de la iglesia. Yo la escuché con nitidez chapotear a nuestras espaldas huyendo mientras gritaba: socooooorro.

Con una princesa alemana medieval viviendo dentro de mí, ni se me había pasado por la cabeza que una señora de treinta y siete años, con un hijo de ocho, amiga de tu madre, pudiese interponerse en la relación de su vecinillo de toda la vida... Pero en contra de lo previsto, la sorpresa me duró unos segundos, en el fondo intuía que tenía que haber alguien. Era exótica, pero estaba claro que había otra. Por eso, porque ya no me importabas, en lugar de mandarte a la mierda por haberme engañado, te consolé por ponerme los cuernos. Entonces sentí a la princesa intentando volver allí donde había vivido cómodamente dieciocho bellos años. *¡Alto, bonita, si sales ya no entras!*, le dije quitándomela de un manotazo cuando trepaba por mi espalda, mientras tú tratabas con voz de borracho darle la vuelta a tortilla y pasar por un pobre marino solo, haciendo la mili, que no sabías qué hacer con aquella señora que...que follaba tan bien, te faltó añadir.

El caso es que ante aquel discurso esperpéntico, te di muchos ánimos para que acopiaras lo mejor de ti y tomaras la decisión que tomaras, te fuese bien en la vida. Porque me estabas preguntando con toda la desfachatez del mundo si debías seguir con ella o no...

Qué ostia de película te merecías, de verdad, pero siempre me pudo la violencia...

Entonces apoyaste lloroso tu cabeza en mi hombro y saltó en mí la alarma... afortunadamente Escarlata volvió a poseerme, dándole un culazo a la petarda de Blancanieves. Ella me sacó de mi ensoñación: *Ah, no, esto sí que no...* Me calcé mis bailarinas, te desee suerte con tu vida, y como la duquesa más elegante de un salón de baile vienés, como si no te conociese apenas de nada, me fui muy digna a acostarme a mi colchón de lana.

Amanecía.

Después vino el resto de mi vida, el resto de mis relaciones, nunca en tanta desventaja como en esa primera. Cuando llegó algún que otro chulito de discoteca con esas mismas trazas, ya tenía el cliché tatuado en el alma y salía huyendo cual ágil gacela... Comprendí con los años qué lejos estábamos los chicos y las chicas de mi tiempo.

Todas mis amigas de la pandilla del pueblo, unas cinco, se casaban de penalti al año siguiente...Todas sin excepción dejaron los estudios y se pusieron a limpiar casas.

Descubrí el amor desde la experiencia del no, de lo que no estaba dispuesta a aguantar, de caerme y levantarme, de ser fuerte y saber decir, *ahí te quedas*. De sentirme siempre más a gusto sola que mal acompañada. De apartar de mi vida de raíz lo que me hacía daño.

Por eso hoy escribo mi declaración de amor para aquella muchacha con coraje que no se dejó manipular, la que quiso estudiar, aprender, buscarse un trabajo, pagarse el carné de conducir y comprarse un coche de quinta mano, sin frenos, pero que era suyo y que conseguía dominar a la tercera que le pisaba el pedal, como una burra tozuda. La que entendió que no necesitaba que la acompañase nadie a casa, ni que le pagaran una copa, la que supo encontrar entre la jungla a un hombre humilde y sabio como padre de sus hijos.

El sabio barra humilde, no sabe nada sobre componer poemas de amor, jamás ha escrito una sola tarjeta con flores con más de tres palabras, no tiene emoticonos en su móvil y pone *muac* cuando le mando algún corazón.

Definitivamente no es Walt Whitman, ni falta que le hace para hacerme sentir muy especial. Es mi amigo.

Hoy he soñado con aquel cielo estrellado de la adolescencia, con el del amor. Y los puntos de luz hacían corazones en el cielo, se movían. Mi sabio iba a mi lado y me cogía de la mano. Y ha sido precioso. Entonces me he levantado y he buscado mi libro favorito de poesía. Lo he abierto por donde él ha querido mostrarse.

Para eso están los auténticos poetas, te prestan sus odas generosamente siempre que las necesites:

*... Pero el otro que soy, no debe humillarse ante ti ni tú debes humillarte ante él.
Deja las palabras,
la música y el ritmo;
apaga tus discursos;
túmbate conmigo en la hierba.
Sólo el arrullo quiero,
el susurro
y las sugerencias de la voz.
¿Te acuerdas de aquella mañana transparente de verano?
Estabas con la cabeza reclinada en mis rodillas y dulcemente te volviste hacia mí,
abriste mi camisa
y me buscaste con la lengua el corazón profundo.
Después te alargaste hasta hundirte en mi barba, te estiraste
y te adheriste a mí desde la cabeza hasta los pies.*

Hojas de hierba (Walt Whitman)

Después me he sentado a pasar todo esto a limpio.

Me gustaría dejárselo a mi hija... y a la hija de mi hija, como se heredan las cosas importantes: por escrito.

MAR DE LOS RÍOS